

JOSE TORRESMA

AVENTURAS Y DESVENTURAS



DE UN ACTOR
EN LOS

Ángeles



PARTE 1

**EL INICIO DEL VIAJE
Y OTRAS HISTORIAS
EN BUS Y TAXI
COMPARTIDO**

Hola, me presento, me llamo Jose Torresma y soy actor profesional. Si tienes este libro entre tus manos —gracias por ello, je, je—, significa al menos que he despertado tu interés o tu curiosidad, o ambos, para que te cuente mi historia.

Pues ahí va.

Mi historia comienza el 25 de agosto de 2014 en Palma de Mallorca. Pero antes voy a contarte qué fue lo que hizo que esa fecha cobrara suma importancia en mi vida.

En el año 2013 había estado muy deprimido, triste, y me sentía frustrado con mi vida profesional, personal y sentimental. Y el año 2014 lo había empezado de la misma manera. Un cúmulo de negatividad me rodeaba constantemente. No veía la luz al final del túnel. No era feliz. No me sentía realizado ni valorado como actor en mi propio país. Un vacío en mi interior era el alimento diario de mi estómago.

Cuando te sientes así, te planteas muchas cosas en tu vida y te replanteas otras. Necesitaba un cambio drástico, aunque no sabía muy bien cómo enfocararlo o, mejor dicho, hacia dónde enfocararlo.

Unos días después me encontré con mi amigo Davide cuando estaba paseando por el centro de mi ciudad y le conté lo que me

pasaba. Le dije que necesitaba un cambio en mi vida y que ansiaba irme a otra parte, lejos, muy lejos. Entonces me miró y me dijo:

—¿Y por qué no lo haces?, ¿a qué esperas?

De repente, se me encendió una bombillita en la cabeza y lo vi todo claro. Davide había sido el artífice de esa idea que me había quitado la venda de los ojos.

En una semana tomé la decisión de ir en busca de mi sueño. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña.

No sabía muy bien a dónde dirigirme, pero presentía que tenía que marcharme al extranjero. Tan solo necesitaba saber a dónde.

Empecé a darle vueltas a la cabeza y a analizar todo detenidamente y llegué a la conclusión de que iba a cursar un año de interpretación, aunque todavía no había decidido en qué ciudad.

Londres se convirtió en mi primera opción por la cercanía con España, supongo, pero la descarté porque no era el lugar más especializado para realizar un curso de interpretación orientado a cine y televisión, que era lo que yo buscaba.

Mi segunda opción fue Nueva York, la capital de los musicales, Broadway. Aparte de los precios desorbitados y el nivel de vida, no encontré el tipo de curso adecuado a lo que yo podía pagar.

Mi tercera y última opción fue Los Ángeles, Estados Unidos.

Allí encontré el curso que yo deseaba al precio más asequible para mi bolsillo y el de mis padres y en un lugar apacible y tranquilo donde residir.

El mes de abril de 2014 empecé a trabajar como camarero en el Bar Cucú, que así se llamaba y que regentaba mi buen amigo italiano Massimo, que además era muy amigo de Davide. Así podía conseguirme unos buenos ahorros para el viaje que me esperaba.

Fue un verano intenso, de mucho trabajo, muchas horas y esfuerzo máximo en el bar, pero recibí muchas muestras de cariño por parte de la clientela, algunos de los cuales se convirtieron en amigos.

Muchos me animaban en mi aventura de ir en busca de mi sueño y otros me decían que era una locura, que no iba a conseguirlo, como muchos otros que lo habían intentado antes que yo y habían regresado con el rabo entre las piernas.

Pero la decisión estaba tomada. La aventura iba a comenzar.

El 25 de agosto de 2014 se convirtió en esa fecha tan señalada, ese día que nunca olvidaría. El día que empezó la búsqueda de mi sueño en la Meca del cine. El día que partí solo rumbo a la tierra de las oportunidades.

Era mi primer viaje transoceánico de mi vida. Me esperaban doce horas y media de vuelo directo desde Madrid. Recuerdo la cara que se me quedó al entrar en la cabina de pasajeros. Lo primero que pensé fue: «¿Cómo se va a levantar este trasto?».

El avión iba completo. Al menos viajaban trescientas personas.

Tuve la suerte de poderme sentar en ventanilla y a mi lado no tenía a nadie, así que pude estirar las piernas durante el trayecto. Se dibujó una sonrisa en mi cara al descubrir que quien estaba al mando de la aeronave era una comandante. El viaje se me hizo muy ameno, más de lo que había imaginado días antes.

Antes de aterrizar, la compañía aérea nos entregó dos impresos que teníamos que rellenar en los que constaban una serie de preguntas, entre las cuales había que informar si éramos personas sanas, que no hubieran tenido antecedentes policiales o delictivos y cuál era la razón de nuestro viaje a EE. UU., entre otras muchas cuestiones.

Un par de meses antes había estado gestionando los impresos, documentación y papeles requeridos para poder viajar a EE. UU.

Entre estos impresos estaba la matrícula pagada de mi curso de interpretación en la escuela The Michelle Danner Studio, sita en Santa Mónica —California—, y la correspondiente au-

torización por parte del centro. Aparte tuve que rellenar e imprimir más documentos que me solicitaba la embajada de EE. UU. en Madrid para poder residir un año completo allí.

Recuerdo que la entrevista en la embajada fue muy breve. Aparte de la documentación exigida, que la llevaba encima, solo me pidieron la libreta del banco para saber si podía mantenerme económicamente todo un año en Los Ángeles sin trabajar, ya que el visado que yo solicitaba era el de estudiante, y un estudiante extranjero en EE. UU. no tiene permiso para trabajar, tan solo para estudiar.

Les entregué la cartilla del banco de mis padres, que tenía más dinero que la mía, y en un par de minutos me dijeron que mi solicitud había sido aceptada y que en una semana iba a recibir en mi domicilio el visado de estudiante para realizar mi ansiado curso de interpretación.

Al aterrizar en Los Ángeles, lo primero que tuve que hacer fue dirigirme a aduanas, lo que me supuso hacer cola durante una hora y media, aunque después de haber estado casi trece horas sentado, se agradecía.

Cuando llegó mi turno, una funcionaria me pidió mi visado y la documentación que me había enviado la escuela y me preguntó cuál era la razón de mi viaje a los EE. UU. Le respondí y finalmente salí por una puerta que daba a un pasillo muy largo que desembocaba en la zona donde me estaban esperando el primo de mi madre y su mujer, que muy amablemente habían venido a recogerme al aeropuerto.

La mujer del primo de mi madre trabajaba en el Hotel Beverly Hilton como recepcionista y pudo conseguirme una habitación en ese hotel de lujo a un precio muy económico durante una semana, que era aproximadamente el tiempo que necesitaba para familiarizarme con la ciudad y buscarme un apartamento

compartido en Santa Mónica, cerca de la zona donde estaba la escuela de interpretación donde yo iba a estudiar.

No podía comenzar mi viaje de mejor forma, por todo lo alto, en un lugar muy emblemático de la ciudad, nada más y nada menos que en el hotel donde se celebra cada año la gala de los Globos de Oro, que son los premios que la crítica cinematográfica internacional entrega a las películas, actores, actrices y series de televisión seleccionados como los mejores del año. Por ese emplazamiento han pasado estrellas de Hollywood y presidentes de los EE. UU. como John F. Kennedy o Richard Nixon.

Entrar en ese sitio es como viajar en el tiempo, como desplazarse a los años 50, 60 y 70, porque el lugar mantiene la misma esencia, estética y decoración de esas épocas; es como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si se hubiera detenido.

Al entrar en la habitación que me habían asignado, me quedé asombrado. Un estilo clásico se dibujaba alrededor del espacio. Las cortinas, la cama, los muebles, la alfombra del suelo, incluso el minibar, que estaba lleno de bebidas alcohólicas y *snacks*, tenían su encanto.

Deshice el equipaje, me puse el pijama, coloqué el portátil sobre la mesa escritorio que estaba enfrente de la cama y me dirigí al comedor a cenar algo. Me esperaba una semana intensa de búsqueda y de turismo por la ciudad de las estrellas.

Al día siguiente, me desperté a las siete de la mañana con una energía e ilusión sin precedentes. Curiosamente, no tuve *jet lag*, bueno, de hecho, nunca he tenido. Creo que soy de los pocos en este mundo que no lo ha padecido.

Me dirigí a la calle y busqué un sitio para desayunar y de ahí me encaminé a la parada del bus, que con un par de transbordos me llevaría al lugar que llevaba soñando hacía tantos años, el Paseo de la Fama, o también llamado el Walk of Fame, situado en Hollywood Boulevard.

Debo decir que la primera sensación que recorrió mi cuerpo fue de decepción. Y después de desilusión.

En televisión las cosas se magnifican, y en cine también. El Paseo de la Fama es más pequeño de lo que uno imagina antes de verlo en persona. Las aceras que se encuentran a los laterales de Hollywood Boulevard son más estrechas que en la Gran Vía de Madrid, lo que supone estar haciendo zigzag, sobre todo, cuando está lleno de turistas.

Allí se agolpan con sus cámaras de fotos y sus móviles, muchos de ellos parados y algunos caminando a paso lento, lo que dificulta bastante el tránsito por la zona.

A lo largo del Walk of Fame se alinean actores, artistas de la calle disfrazados de personajes famosos y también imitadores casi reales de estrellas de Hollywood, que a cambio de una foto o una pequeña actuación piden la voluntad que los turistas quieran darles. Ese es su humilde medio de supervivencia en una jungla como Hollywood.

Me pasó una anécdota graciosa. Estaba paseando por allí y pasé justo al lado de un hombre que era clavado a... ¡¡¡Johnny Depp!!!, tanto fue así que creí que realmente era él y le empecé a decir que me alegraba de conocerle en persona al fin después de tantos años, pero ¡no!, no era él, aunque vestía igual que él, tenía su misma cara y también su misma voz, no me lo podía creer; la duda me carcomía.

Otro día, caminando por la misma zona, me lo volví a encontrar. Estaba hablando con unos turistas con los que poco después se hizo una foto. La duda se despejó finalmente. Era un excelente imitador del famoso actor. Y ese era su lugar de trabajo.

Mi particular búsqueda de una habitación para vivir en Santa Mónica fue bastante fructuosa. Existe una página web que pone en contacto a particulares y que todo el mundo en Estados Unidos suele utilizar, que se llama Craigslist. Esta

página es muy recomendable para todo, desde comprar o vender un coche de segunda mano hasta alquilar una habitación o buscar un trabajo.

Dos días antes de abandonar el hotel de cinco estrellas en el que me había hospedado, encontré un anuncio de un alquiler de una habitación en Santa Mónica, a quince minutos caminando de mi escuela de interpretación. Decidí concertar una visita y conocer al hombre que me la alquilaba. El precio era caro, pero la zona era buena y, lo más importante, era segura. Por tanto, acepté. No disponía de más tiempo para buscar otro apartamento.

Mi nuevo compañero de apartamento iba a ser Rodney, un abogado que trabajaba en un bufete que representaba los intereses de marcas tan conocidas como Nike y Reebok, entre otras.

Cuando me dirigí a la que iba a ser mi habitación y abrí la puerta, me la encontré sucia, llena de trastos y desordenada, así que comencé a ponerla a punto para dejarla habitable, creedme si os digo que no lo era en absoluto.

Al día siguiente, me fui a dar una vuelta por mi barrio. Era un barrio muy tranquilo, de gente de clase media-alta. Sus calles eran anchas, de doble carril a cada lado, repletas de árboles muy frondosos y de gran altura. Me llamó la atención que pasaban coches de policía muy a menudo. Las zonas turísticas en las que residen personas con un nivel alto de vida suelen disponer de más vigilancia policial.

Yo vivía en la Ocean Park Boulevard, una avenida muy extensa que se prolongaba en dirección al océano como su propio nombre indica.

A menos de un kilómetro de donde yo residía, se localizaba el Bob's Market, un pequeño supermercado gestionado de manera familiar en el que podías encontrar todo tipo de productos de alta calidad, desde frutas, verduras y carnes hasta productos de importación de otros países.

También cerca de mi apartamento, pero en la dirección contraria a Bob's Market, se encontraba la cadena de grandes supermercados Gelson's, del que también me convertiría en cliente con el paso del tiempo.

Al día siguiente, me fui caminando a la escuela de interpretación The Michelle Danner Studio, donde estaría cursando un año de arte dramático a cargo de diversos profesores, entre los que se encontraba la propietaria de la escuela, Michelle Danner, que se convertiría en la mejor profesora de actuación que he tenido nunca. Quiero aclarar un detalle importante. En Estados Unidos, un año de curso son trescientos sesenta y cinco días hábiles de clases, no como en España, que corresponden a nueve meses.

Yo había pagado un año completo, pero también se ofrecían cursos de seis meses y de tres meses.

Cuando empecé las clases, conocí a mis compañeros y compañeras, que provenían de diferentes países, tanto europeos como sudamericanos, como, por ejemplo, Francia, Alemania, Italia, Suiza, España, Colombia, México y también de países orientales como China y Japón o Corea.

Cuando estás viviendo y estudiando en un país extranjero, parece que conectas de una forma especial con la gente que ha venido como tú a América a buscar su sueño, un sueño que era el mismo para todos.

Los Ángeles es una ciudad muy solitaria, muy dura, especialmente cuando no estás acostumbrado. Para sobrevivir en esa jungla de asfalto tan gigantesca se requiere estar preparado, porque si no te come.

En los siguientes tres años lo iba a experimentar en mis propias carnes.

Si tu sueño está muy anclado dentro de ti, es muy fuerte y tu pasión no te abandona, te lleva a lugares increíbles, a vivir experiencias que van a cambiar tu concepción de la vida, a madurar,

a desaprender lo aprendido y a aprender desde cero, pero, sobre todo, entiendes que no existe la casualidad, sino la causalidad. Todo pasa por algo. Todo tiene su razón de ser. El universo se encarga de hacértelo saber, aunque sea a diez mil kilómetros de distancia de tu país de origen.

En cuanto empecé mis clases de interpretación en la Michelle Danner Studio de Santa Mónica, me puse a buscar por Internet un listado de representantes de actores o *agents*, como los llaman allí, y así conseguir *auditions* o *castings* en la Meca del cine.

En el mundo del *showbiz*, es decir, el mundo del espectáculo, si no tienes agente o representante es como si no existieras. Es algo esencial que te permite acceder a pruebas para películas, series, teatro, doblaje y publicidad. Los actores y actrices que no tienen representante no son tomados en serio en la profesión. Conocí a un actor norteamericano que estaba trabajando en musicales y obras de teatro independientes, con años de experiencia en la profesión, y todavía no había conseguido representante.

También es importante tener un *manager*, que es quien te promociona y te da a conocer dentro del sector como un actor nuevo que tener en cuenta.

Los actores de Hollywood más famosos y más importantes también cuentan con publicistas y asesores de imagen para sus carreras. Si eres un actor que está empezando en la ciudad de las estrellas y consigues representante y *manager*, puedes darte con un canto en los dientes y considerarte muy afortunado.

Y eso fue lo que me pasó a mí. Después de enviar alrededor de ochenta *e-mails* que contenían mi currículum como actor profesional en España y mi *videobook*, además de fotos recientes, una mujer que regentaba una pequeña agencia de actores y actrices en Beverly Hills me envió un contrato por *e-mail* para que lo leyera y, si estaba de acuerdo, lo firmara.

Y efectivamente, sin pensármelo dos veces y con una sensación de inmensa felicidad, acepté.

Aquí empezaría mi andadura hacia el «estrellato». Una aventura sin igual.

Mi representante y *manager*, Olivia, de cincuenta años, era una mujer de carácter fuerte, segura de sí misma, con las ideas claras y con una experiencia de más de veinte años dentro del sector audiovisual, que había luchado desde siempre por conseguir sus objetivos dentro de una industria brutalmente competitiva y feroz.

Olivia se había casado dos veces y estaba divorciada. Tenía cuatro hijos, dos de cada matrimonio. Recibía una cantidad de dinero de sus exmaridos para el sustento de sus hijos y el de ella. En Estados Unidos, a diferencia de países como España, cuando una mujer se divorcia percibe una cantidad de dinero del marido que va en concordancia con los años que ha estado casada y que ha invertido en ese matrimonio. En algunos casos, los acuerdos de divorcio pueden llegar a ser millonarios a favor de la mujer.

En el caso de mi representante, el acuerdo con sus exmaridos había sido favorable y estaba satisfecha. Uno de sus exmaridos, además, le había montado la agencia de representación de actores, de la que ella era la única propietaria.

Era una mujer que a sus cincuenta años aparentaba diez menos. Se cuidaba mucho, haciendo deporte, dieta sana, iba al gimnasio, etc. Siempre me recordaba que hay que mantenerse en forma y que con «un buen culo» se consigue todo lo que quieras. Debo reconocer que esa afirmación me quedó marcada a fuego.

Ella se quejaba de los hombres que solo querían sexo con ella, lo que allí denominan coloquialmente *hook up*.

Teníamos una relación muy amigable y de mucho respeto y confianza.

Ella me pidió si podía ayudarla en la oficina mientras estaba ocupada con gestiones o con sus hijos. Así que acepté de inmediato, pues me iba a pagar las horas que yo trabajase.

Mi trabajo consistía en seleccionar a los actores y actrices de la agencia, entre los que yo me incluía, y enviar sus fotos y *showreels* —*videobooks*— para los diferentes *castings* o *auditions* que se celebraban a diario en Los Ángeles.

Por supuesto, seleccionaba los perfiles aptos para esos *castings*.

Era una tarea que requería mucha dedicación y tiempo. Cuando estaba muy cansado de mirar a la pantalla del ordenador, me levantaba y me iba a caminar por el pasillo situado justo saliendo por la puerta del despacho de la oficina.

También aprovechaba para enviarme a *castings* a mí mismo, y cuando me preseleccionaban por foto para hacer la prueba, mi representante, que también era mi jefa, me permitía asistir y ella se quedaba en la agencia hasta que yo regresaba del *casting*. Un día que estaba en la oficina, llamó a la puerta un hombre que preguntó por mi representante, le dije que no estaba y me pidió que por favor le entregara una carta sellada que traía con él. Me la dio y la coloqué encima de su mesa. Al cabo de unos minutos, la llamé por teléfono para contarle lo de la carta. Su tono de voz era serio y seco. Reaccionó como si le hubiera comunicado una mala noticia. Me extrañó su actitud, pero no le di la más mínima importancia hasta que empecé a hilar cabos.

Llevaba una semana sin pagarme, lo cual me pareció raro, porque hasta ese momento me pagó religiosamente. Ella me pagaba las cuatro horas diarias que yo estaba en la oficina trabajando al final de cada semana.

Le pregunté si todo iba bien, si había algún problema. Me respondió que sí, que no me preocupara.

A la semana siguiente, le pedí el dinero por segunda vez. Ya me debía dos semanas de sueldo y ella no hacía más que ponerme

excusas. Me enfadé con ella y le dije que lo sentía, pero que yo necesitaba el dinero y no me podía permitir trabajar gratis. Fue entonces que se sinceró conmigo.

Me contó que debía tres meses del alquiler y que la carta que yo había recogido en su nombre era de uno de los impagos. Había más cartas. Tenía deudas pendientes.

También me admitió que el dinero que me pagaba cada semana se lo pedía a su exmarido y que la agencia de actores no generaba ingresos ni siquiera para pagar el alquiler de la oficina. Aun así, ella seguía luchando para salir adelante y confiaba en que no tuviera que cerrar. Su agencia de actores no solo era su sueño, también su medio de vida.

Le agradecí que fuera sincera conmigo. Yo también lo fui con ella.

Lo entendió. Nos despedimos. Ese fue mi último día de trabajo. Aun así, ella seguiría siendo mi representante.

Durante mi estancia en Los Ángeles, mis medios de transporte favoritos eran dos: el autobús y los «taxis compartidos», como yo los llamaba, de la empresa Uber.

Os puedo asegurar que ir tanto en uno como en otro suponía toda una experiencia.

El autobús en Los Ángeles tenía un precio de 1,75 \$ por persona. También tenías la posibilidad de comprar un abono de diez viajes que, por supuesto, era mucho más económico.

En el transporte público de esa ciudad, así como el autobús y el metro —solo en la zona centro de Los Ángeles, aunque en los últimos años se ha ampliado la red—, puedes encontrar a *homeless* —sintecho— con sus pertenencias transportadas en carritos de supermercado, que meten dentro del autobús sin ningún reparo.

Habitualmente te encuentras a algunos hablando solos, en voz alta, quejándose del sistema, del Gobierno, de la gente. Nadie los mira ni les hace caso, como si no existieran.